

“Que florezcan mil flores”: cuestionamientos al modelo “gay” en Perlongher y Lemebel

Mariela Nahir Solana*

1. Introducción

En 1991, Néstor Perlongher anuncia, en un texto homónimo, la desaparición de la homosexualidad a la luz de un escenario más bien paradójico: el triunfo del movimiento homosexual ha acarreado su propia destrucción. Esto es así ya que la promesa del potencial disruptivo – y hasta revolucionario – que en algún momento implicó la presencia de la homosexualidad masculina en la esfera pública ya se ha agotado y ha dado lugar a una nueva normalización. Esta muerte callada y serena se vincula, si bien no causalmente, con dos fenómenos que el autor ya ha trabajado en textos previos: la epidemia del SIDA y la conquista del modelo “gay” norteamericano.

Paralelamente, Pedro Lemebel también ha cuestionado, en *Loco afán*, la importación del modelo “gay” a la sociedad chilena, trazando líneas de vinculación con la irrupción del SIDA y la ocultación de otras prácticas locales que no se ajustan a dicho modelo.

El primer objetivo de este trabajo es comparar la crítica que ambos pensadores realizan a la hegemonía del modelo “gay” y analizar cómo vinculan esta crítica a la epidemia del SIDA, las dictaduras militares de ambos países y la normativización.

Nuestro segundo objetivo es analizar los textos de Perlongher y Lemebel ya no meramente bajo el eje de las coordenadas geográficas que ambos autores enfatizan (por ejemplo: el centro versus la periferia, Norteamérica versus Latinoamérica, etc.) sino repensar sus contribuciones a la luz de la noción de temporalidad queer que ha sido desarrollada teóricamente en los últimos años por Elizabeth Freeman, Carolyn Dinshaw, entre otros.

2. Perlongher: el agotamiento de la locura.

Para comprender el provocativo anuncio de la desaparición de la homosexualidad, creo que es útil remitirnos, en primer lugar, a un texto previo, publicado en 1984 y titulado “El sexo de las locas”.

El primer punto de esta publicación que me interesa resaltar es la crítica que el autor realiza a lo que denomina la “pobreza” del concepto de homosexualidad. Esta pobreza se refiere a la incapacidad que tiene el concepto de abarcar la pluralidad de actos sexuales que se pueden tener entre dos personas del mismo sexo. Si bien este cuestionamiento podría ser aplicado a cualquier tipo de concepto y, particularmente, a cualquier concepto que remita a algún tipo de identidad (y, de hecho, fue una crítica bastante trabajada dentro del feminismo con respecto al concepto de mujer), lo interesante es el segundo punto al que llega Perlongher tras criticar la pobreza del concepto. Este segundo punto remarca que es erróneo o ingenuo pensar que toda homosexualidad es de por sí revolucionaria o subversiva. Para el escritor, contraponer una homosexualidad revolucionaria a una heterosexualidad reaccionaria nace tanto de una constatación como de una confusión. Lo constatado es la heteronormatividad (si bien el autor no usa este término), es decir, el hecho de que aquello que es postulado como normal en términos de género y sexualidad, dentro de nuestras sociedades modernas occidentales, es la heterosexualidad conyugal y monogámica. Pero también surge de una confusión ya que, por un lado, no hay nada que impida que la homosexualidad reproduzca esa normalidad y, por el otro, pueden haber formas de encarnar prácticas heterosexuales que quiebren con el mandato monogámico y conyugal que conforman la normativa¹.

Según Perlongher, hay varios ejemplos que niegan la equivalencia entre homosexualidad y

* Mariela Nahir Solana es Licenciada en Filosofía y Profesora en Enseñanza Secundaria y Superior en Filosofía por la Universidad de Buenos Aires. Actualmente, realiza sus estudios de doctorado en Filosofía (UBA). Sus temas de investigación incluyen teoría queer, feminismo y nueva filosofía de la historia. Es docente de la Universidad Nacional Arturo Jauretche y becaria CONICET.

1 Aquí Perlongher se acerca – o, mejor dicho, se anticipa – a las teorías queer norteamericanas que desde sus inicios advirtieron que el término “queer” no es sinónimo de gays y lesbianas sino que remite a toda una serie de prácticas e identidades que cuestionan y disienten de las normas hegemónicas de género y sexualidad.

transgresión: “la marica casada, el chongo que sale con minas y hace de tanto en tanto una espadita por Charcas, un travesti (sic) que dice de su amante 'él no es homosexual, él es hombre, le gustan las mujeres'.” (Perlongher, 2008: 32). Así, al parecer, la normalidad tiene menos que ver con el sexo de tu amante o pareja que con el tipo de vínculo que se forma entre unxs y otrxs.

Hasta aquí tenemos una parte del argumento: no toda homosexualidad es revolucionaria. Esto significa, entonces, que si bien no toda homosexualidad lo es, sí habría algún tipo de promesa transgresora en ciertas formas de encarnar esa homosexualidad.

Pero, ¿qué entendemos por esa potencia transgresora? Perlongher la define como un ejercicio de “sacar a la cana de la cama, el ojo policial del espejo del cuarto” (Perlongher, 2008: 33), es decir, hacer estallar las convenciones normativas que rigen las prácticas sexuales y que nos atan aún en la intimidad y privacidad del dormitorio. Un punto interesante y coherente con su primer argumento es que, para Perlongher, esta tarea no puede quedar en manos sólo de la comunidad homosexual sino que es una prerrogativa de todxs. Lo imperante, a fin de cuentas, es “hacer soltar todas las sexualidades” (Perlongher, 2008: 33) o, como señala el título de esta ponencia hacer “que florezcan mil flores” (Perlongher, 2008: 34).

Ahora bien, al riesgo que acarrea la homosexualidad de caer en un nuevo conservadurismo, Perlongher añade otros. En primer lugar, y en sintonía con lo anterior, remarca el peligro de la guetización, es decir, el sustraer la homosexualidad del plano de lo social resguardándose en comunidades cerradas. El autor entiende que, ante la amenaza y la violencia, es entendible “construir una fortaleza homosexual que resista a la dictadura heterosexual” (Perlongher, 2008: 32); pero el problema de esta estrategia es que agota toda su potencia subversiva ya que en lugar de irrumpir en la esfera pública normativa e infligir una herida en la normalidad heterosexual, se relega y crea una normalidad paralela y separada de la normalidad hetero. Como consecuencia, esto tranquiliza a los homofóbicos ya que logran sacarse de encima a la perturbadora homosexualidad.

Ahora bien, ¿de qué se trata esta nueva normalidad paralela que acecha a la comunidad homosexual? Como señala Perlongher, “la normalización de la homosexualidad erige una personología y una moda, la del modelo gay” (Perlongher, 2008: 33). Este modelo – que en el texto que analizaremos a continuación será ridiculizado remitiendo a los “erguidos bigotitos hirsutos” (Perlongher, 2008: 88) de los gays de Estados Unidos y a sus formas de unión conyugal que, según el autor, “consigue[n] la proeza de ser más aburridos que [el matrimonio heterosexual]” (Perlongher, 2008: 89) – es cuestionado aquí no sólo porque normaliza la conducta bajo el modelo liberal gay sino también porque excluye y relega a los márgenes a toda una serie de nuevos “anormales” que no tendrían cabida en ese modelo: travestis, locas, chongos, gronchos que, en general, son pobres y no encajan ni adoptan la moda gay.

Me gustaría detenerme, particularmente, en la figura de las locas porque es aquí donde el autor avizora la capacidad disruptiva de la homosexualidad: “el sexo de las locas... sería, entonces, la sexualidad loca, la sexualidad que es una fuga de la normalidad, que la desafía y la subvierte” (Perlongher, 2008: 33). Por un lado, es interesante notar el contrapunto con la homonormatividad encarnada por el modelo gay. Por otro lado, también me interesa detenerme sobre una posible analogía entre el sexo de las locas y la escritura neobarroca (y el motivo por el cual me interesa esta analogía es que, como veremos más adelante, la disputa contra la normatividad es una tarea que puede ser realizada desde diversos flancos; la sexualidad es una de ellas pero no la única ni la privilegiada). Como señala en “La barroquización”, bajo la escritura barroca la lengua enloquece, “se convierte en un lenguaje demente” (Perlongher, 2008: 115). El barroco – y en especial su versión latinoamericana contemporánea que Perlongher bautizó brillantemente como *neobarroso* – es caracterizado como una fuerza que disuelve la unidireccionalidad del sentido, una escritura repleta de pliegues, adornos y drapeos que derrumba el edificio del referente convencional y corre todos los límites, incluso los límites del yo. Como tal, tiene un apego especial hacia lo *kitsch*, lo extravagante, lo rebuscado, el exceso y la saturación del significado. Lo interesante de esta analogía es no sólo que el potencial disruptivo de la sexualidad loca se asemeja a la fuerza torcionante del lenguaje barroco, sino también que será justamente un escenario *kitsch*, extravagante y saturado aquel que oficie de velatorio y funeral de la homosexualidad desaparecida.

Pasemos, entonces, a un breve comentario de este segundo texto, a saber “La desaparición de la homosexualidad”. En sus primeras líneas, se anuncia la muerte de la homosexualidad masculina bajo las luces *kitsch* de un escenario agónico: “Archipiélagos de lentejuelas, tocados de plumas iridiscentes...toda una mampostería kitsch....se derrumba bajo el impacto (digámoslo) de la muerte” (Perlongher, 2008: 85). La muerte, así, no es pintada ni como un final glorioso ni como una desaparición mártir sino como la calma que acompaña el final de una fiesta, cuando se hace de día y los participantes de la celebración simplemente se van, calladamente, a su casa. El fin de la homosexualidad, cabe aclarar, no significa el fin de la existencia de hombres homosexuales ni de prácticas homoeróticas sino la pérdida de la potencialidad disruptiva y transformadora que alguna vez tuvo, o prometió tener, este devenir sexual. La sexualidad revolucionaria ha muerto en el momento en que este movimiento perdió su efecto transgresor y limó sus aristas venenosas para convertirse en una nueva comodidad.

En esta recta final, en que las locas se vuelven menos locas y que triunfa la normalización del modelo gay, hay una figura que da el toque de gracia a esta muerte callada: la irrupción del SIDA. Perlongher no quiere trazar ningún tipo de vínculo causal entre la desaparición de la homosexualidad y el SIDA pero sí le interesa reflexionar sobre la irónica coincidencia entre ambos fenómenos. Es decir, si bien la coincidencia no es causal tampoco es casual y sí es posible encontrar algún sentido en su contigüidad. Lo que le interesa a Perlongher del SIDA es menos su capacidad para destruir los cuerpos afectados – porque, de hecho, la represión dictatorial también tuvo su parte en la matanza y no es a ella a la que el autor culpa – sino la transformación que ocasionó en la vida sexual. La aparición del SIDA trajo aparejado el sexo limpio, sin riesgos, seguro, desinfectado e higiénico. Conllevó la planificación de la sexualidad y una mayor medicalización de la vida social². Así, hiperbolizando esta afinidad entre la medicalización del SIDA y la homosexualidad caída, Perlongher dirá que “la homosexualidad se vacía de adentro hacia afuera, como un forro” (Perlongher, 2008: 89). Es decir, no es la culpa de la violencia, de la represión dictatorial o de la policía, ni siquiera es culpa de un virus externo – aunque haya preparado el terreno. La homosexualidad ha perdido ella misma su fuerza disruptiva en el momento en que la locura se fue agotando, en el instante en que el sexo se convirtió en un asunto higiénico y controlado y en que el modelo gay colonizó la experiencia normal homosexual llevando a los márgenes a los nuevos excluidos locales acallando su insubordinación. El enemigo, por ende, en este texto, no es tanto la heteronormatividad sino la homonormatividad y las exclusiones que esta nueva normativa conlleva.

El último punto que me interesa rescatar antes de pasar a Lemebel es que, así como la escritura *neobarrosa* se posicionaba como otra posible fuente de transgresión, en este segundo texto lo que aparece como sucesor de la potencialidad que alguna vez tuvo la homosexualidad es la droga y el misticismo. Así como la escritura barroca implicaba una aniquilación del yo y un corrimiento de los límites, es la mística y los alucinógenos quienes ahora pueden llevar adelante la propuesta que tanto le interesa a Perlongher: “Abandonemos el cuerpo personal. Se trata ahora de salir de sí” (Perlongher, 2008: 90).

3. Lemebel: míster gay.

Me gustaría pasar ahora al análisis de estos mismo tópicos en *Loco Afán*, de Pedro Lemebel. Más específicamente, me gustaría centrarme en el relato “La noche de los visones (o la última fiesta de la unidad popular)” para luego complementarlo con otro texto de ese mismo libro.

Esta narración nos traslada a una fiesta organizada para despedir el fin de año de 1972. La celebración, organizada por La Palma, una de las protagonistas, tenía como invitadas a todas las locas chilenas, desde las más acomodadas – que llegaron temprano a la fiesta, vestidas con caros tapados y se comieron todo el pavo – hasta las de medio pelo – que, nuevamente, tuvieron que

² Es notorio que, para Perlongher, la homosexualidad nace y muere estrechamente conectada a la medicalización (el autor reniega de las visiones ahistóricas de la sexualidad y sostiene, siguiendo a Foucault, que la homosexualidad como categoría identitaria es una criatura médica y, aquel potencial disruptivo que logró alcanzar a pesar de su origen coercitivo, ha terminado cediendo ante la nueva medicalización de la sexualidad).

cargar su hambre al llegar tras la vorágine de las locas regias. A pesar de estos inconvenientes y el robo de algunos tapados, la celebración abunda en alegría, unión y excesos ya que se trata, como señala la Chumilou, de "...despedir el 72, que ha sido una fiesta para nosotros los maricones pobres" (Lemebel, 2009: 10). Sin embargo, esta actitud celebratoria no es ingenua ante los eventos por venir ya que, como la misma Chumilou remarca al pedirle prestado a la Pilola su tapado negro: "Y el negro para recibir el 73, que con tanto güeveo de cacerolas se me ocurre que viene pesado" (Lemebel, 2009: 10). Como todo momento de transición, esta fiesta de fin de año conforma una temporalidad espesa, al ser una mezcla de memorias, expectativas, esperanzas y anticipaciones. Quizás, una de las imágenes más simbólicas de este presente denso y anticipatorio es la pirámide de huesos que las locas van formando con las sobras del pavo, como si fuera un cementerio o una fosa común. Este preludio de las muertes de la dictadura de Pinochet y del final trágico de muchas de las locas tiene su broche de oro cuando una de ellas pone en el vértice de la escultura una banderita chilena. Esta acción, que provocó risa en algunas y desprecio en otras – ya que "...ofendía a los militares que tanto habían hecho por la patria" (Lemebel, 2009: 13) – marca la presencia anticipada de un futuro de muerte y destrucción que vendría aparejado con la dictadura así como acentúa las divisiones que existían al interior del mismo colectivo entre las locas acomodadas y afines al golpe y quienes se vieron azotadas por la violencia policial.

De esta fiesta, como se nos anuncia en un momento posterior del relato, sólo queda una foto y, de esa foto, no quedan protagonistas vivas. Poco a poco, todas las que aparecían en la fotografía se fueron muriendo a causa del SIDA, el último grito de la moda gay que llegó camuflado junto al modelo homosexual norteamericano. Es interesante cómo Lemebel trabaja el vínculo entre la importación de la moda gay y la matanza seropositiva a través de una estrategia de estetización de la epidemia: "Ella [la Pilola] se compró la epidemia en Nueva York, fue la primera que la trajo en exclusiva, la más auténtica, la recién estrenada moda gay para morir. La última moda fúnebre que la adelgazó como ninguna dieta lo había conseguido. La dejó tan flaca y pálida como una modelo del *Vogue*, tan estirada y chic como un suspiro de orquídea" (Lemebel, 2009: 25-26). Así, la llegada de la moda gay, del modelo del "mister gay", como señala Lemebel, es menos una importación que "una recolonización a través de los fluidos corporales" (Lemebel, 2009: 23). Esta recolonización termina diezmando a las locas locales a medida que la adopción del modelo gay uniforma y homogeneiza la diversidad de la mariconería folklorica sobreviviente.

El modelo gay, como sucedía con Perlongher, también queda ironizado en la descripción que Lemebel hace del mister gay. Él lo describe como un Superman gay, con su cuerpos musculoso, su potencia narcisa, su piel blanca y su pelo rubio, notoriamente alejado de la imagen del maricón chileno. Pero, una diferencia entre los autores, es que Perlongher remarca más fuertemente la responsabilidad local de perecer ante la importación norteamericana, mientras que en Lemebel aparece más claramente una estrategia de victimización.

Volviendo a "La noche de los visones", cabe notar que la fotografía que queda de la fiesta no sólo es vestigio de un pasado en donde todavía reinaban las mariconas locales sino también de un futuro que no fue, y de un presente de utopías sociales donde las locas fueron participes políticas y escribieron su pedazo de la historia en los eufóricos días finales de Allende. Y es ese potencial político, justamente, lo que también se ve amenazada con la imposición del modelo gay. Es aquí donde Lemebel remarca, como lo hacía Perlongher, el carácter sumiso y confortante de lo gay: lo gay ya no confronta, ya no es transgresor sino que se suma y adapta al poder.

Sin embargo, hay un punto en donde los relatos de Lemebel se separan del escritor argentino y adoptan un tono más optimista y, diría yo, más complejo que el de Perlongher. En lugar de hablar de una desaparición de la homosexualidad y postular una suplantación en el misticismo o en el uso de drogas alucinógenas, Lemebel anuncia en el texto "Loco afán" que, quizás, la colonización del modelo gay ha fallado y todavía existan una serie de experiencias que no sólo resisten a este modelo sino que pueden ser la fuente de posibles subversiones. "Acaso nunca nos dejamos precolonizar por ese discurso importado. Demasiado lineal para nuestra loca geografía..." (Lemebel, 2009: 97). Y, más adelante, "Quizás América Latina travestida de traspasos, reconquistas y parches culturales... aflore en un mariconaje guerrero que se enmascara en la cosmética tribal de su periferia... Quizás

éste sea el momento en que el punto corrido de la modernidad sea la falla o el flanco que dejan los grandes discursos para avizorar a través de su tejido roto una vigencia suramericana en la condición homosexual revertida del vasallaje” (Lemebel, 2009: 98-99).

En síntesis, en ambos autores vemos una intersección entre la emergencia del SIDA, la violencia represora, la hegemonía del modelo gay y la desaparición o merma de formas locales y subversivas de encarnar la homosexualidad. A continuación, y a modo de conclusión, haré algunos comentarios a estos textos a partir de algunos desarrollos en teoría queer en torno a la historia y la temporalidad de las sexualidades disidentes.

4. A modo de conclusión: temporalidades disidentes

A partir de los últimos años, la teoría queer empezó a pensar a la disidencia ya no solamente como prácticas o identidades sexuales sino como formas no convencionales de vivir la temporalidad dominante. Bajo el nombre de “temporalidad queer” se criticaron los modelos unificados o monolíticos de entender el presente y se comenzaron a concebir a los disidentes sexuales como sujetos que viven en múltiples y, en ocasiones, asincrónicas temporalidades³. Al ya conocido concepto de heteronormatividad, este giro temporal en teoría queer, le suma la noción de *crononormatividad*, noción que, a mí entender, describe no sólo las secuencias de vida normales y hegemónicas (por ejemplo, aquellas que siguen el orden de niñez-maduración-casamiento-procreación-ahorro-muerte) sino también la forma de periodizar las historias queer.

Sobre este último punto, es interesante notar la crítica que Eve Sedgwick realiza a relatos históricos como los de Michel Foucault y David Halperin (Sedgwick, 1998). Como es sabido, estos autores se dedican a datar la emergencia histórica de la homosexualidad moderna o, como uno de ellos la denominan, “la homosexualidad tal como hoy la conocemos”, situándola en algún momento del siglo XIX. Estos estudios, si bien son sumamente útiles ya que desnaturalizan la supuesta ahistoricidad de la homosexualidad y distinguen la especificidad de la homosexualidad moderna frente a formas previas de relaciones sexuales entre personas del mismo sexo, son, sin embargo, problemáticas. Esto es así ya que, como señala Sedgwick, al contraponer un modelo moderno de homosexualidad a modelos previos, nos dejan con una idea de la “homosexualidad tal como hoy la conocemos” como un campo coherente y monolítico en lugar de pensarla como un espacio de fuerzas superpuestas, contradictorias y en conflicto (o, como anunciaría el giro temporal en teoría queer, como un espacio en que conviven temporalidades asincrónicas).

A pesar de tener sus diferencias, tanto Halperin como Foucault, según Sedgwick, proponen relatos unidireccionales de suplantación en los que un modelo de sexualidad (por ejemplo, el modelo del sodomita o del invertido) es suplantado o reemplazado por un modelo de sexualidad posterior (a saber, el modelo de la homosexualidad tal como hoy la conocemos). En ambos casos, un modelo suplanta al otro y puede ser, a su vez, suplantado por un tercero. En ambos casos, también, el modelo suplantado abandona el marco de análisis y deja de ser tematizado.

Lo que Sedgwick pone en duda es que exista algo así como “la homosexualidad tal como hoy la conocemos” ya que pensarla de esta forma implica unificar y establecer un consenso de conocimiento sobre algo desconocido, incoherente, plural y conflictivo. A su vez, conlleva el peligro de invisibilizar identidades contemporáneas que no encajarían con el modelo actual sino que se identificaría con un modelo anterior. Estas identidades supuestamente anacrónicas, pueden ser vistas como meros residuos o vestigios del pasado cuyo proceso de subsistencia no merece atención analítica. En lugar de pensar en un modelo unidireccional y progresivo de identidades sexuales, creemos que es más fértil considerar las temporalidades múltiples y divergentes que existen en un mismo período histórico y que no pueden ser reducidas a un único modelo sexual.

Si bien uno podría preguntarse sobre la relevancia de la crítica de Sedgwick – considerando que Foucault y Halperin analizan específicamente los vaivenes históricos de los discursos expertos sobre la homosexualidad – estos cuestionamientos son útiles para reflexionar sobre las propuestas

3 Por ejemplo, en: Freeman, Elizabeth. *Time Binds: Queer Temporalities, Queer Histories*, 2010

de Perlongher y Lemebel. En especial, para cuestionar sus narrativas de cómo se fue transformando la sexualidad latinoamericana. La desaparición de la homosexualidad en manos de la colonización del modelo gay, implica sucumbir en una narrativa de suplantación que, como vimos recién, puede ser problemático al invisibilizar a quienes encarnan formas de vida que, bajo este modelo, pertenecerían a un tiempo otro. Así, la noción de anacronismo o resabio del pasado es central para repensar la homogeneidad del presente y comenzar a analizar la presencia fantasmática de quienes no encajan en el modelo normativo imperante.

Es por eso que me resulta más interesante la propuesta más matizada del texto “Loco afán” de Lemebel, ya que cuestiona la unidireccionalidad del proceso de colonización al interrogar sobre la eficacia del mismo y al sostener que, quizás, la loca geografía latinoamericana haya dado espacios de resistencia a la linealidad de la moda del mister gay.

Pero, agregaría yo, quizás la locura no sea sólo geográfica sino también temporal. Quizás, la temporalidad misma esté desquiciada y rehúse a unificarse en una única, progresista y estable cronología que culmine en la victoria del modelo gay. Quizás, para parafrasear a Hamlet, sea el tiempo el que esté dislocado y que sea esa dislocación de la crononormatividad lo que augure aquel horizonte transgresor tan añorado por Perlongher y Lemebel.

5. Bibliografía

- Foucault, Michel 2006 (1976) *Historia de la sexualidad: La voluntad del saber*. (Buenos Aires, Siglo XXI), Volumen 1.
- Freeman, Elizabeth 2010 *Time Binds: Queer Temporalities, Queer Histories* (Durham, NC, Duke University Press)
- Halperin, David M 2000 “How to Do the History of Male Homosexuality”, en: *GLQ: A Journal of Lesbian and Gay Studies*, Volumen 6, Número 1, pp. 87-123.
- Lemebel, Pedro 2009 *Loco afán* (Buenos Aires, Editorial La Página).
- Perlongher, Néstor 2008 *Prosa Plebeya: ensayos 1980-1992* (Buenos Aires, Colihue)
- Sedgwick Kosofsky, Eve 1998 (1990) *Epistemología del armario* (Barcelona, Ediciones de la Tempestad)